

Reflexión ética sobre el alcoholismo y otras conductas desviadas.

Sr. D. Pascual García Mora

Conferencia pronunciada en Valencia en el «II Curso de Formación sobre alcoholismo», organizado por el Dispensario Antialcohólico en el año 1972.

INTRODUCCION

La XI Tesis sobre Feuerbach sintetiza contundentemente la relación que existe entre Filosofía y Praxis. Dice así: «Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo». Esta sentencia de Marx asalta mi razón y mi energía moral cada vez que asisto a una conferencia o charla ante el temor de verme encerrado o reducido en un escenario de palabras, de conceptos estiles, meras interpretaciones acomodaticias de la realidad... Y en esta ocasión con mucho más motivo por cuanto que el asunto que me une con Vds. tiene una dirección decididamente ética, es decir, el estudio del comportamiento moral frente al problema del alcoholismo y las toxicomanías. Al destacar la instancia práctica, como constitutivo esencial del hombre, Marx no rechaza toda filosofía o teoría, sino aquella o aquellas que no contribuyen a su transformación, y en cambio, acepta la filosofía o teoría que es práctica, es decir, que ve el mundo como objeto de la praxis. La filosofía así concebida es necesaria como crítica teórica de las teorías que justifican la no transformación del mundo, y como teoría de las posibilidades y condiciones de la acción. En el área de influencia de estos polos dialécticos, teoría-praxis, pretenden situarse mis palabras.

LOS NIVELES

El estudio y la acción sobre el alcoholismo admite dos niveles:

a) Uno paliativo, reivindicativo o reformista: pretende prevenir o aminorar las consecuencias nocivas que para el individuo y para la sociedad se derivan de la utilización desmedida del alcohol. De modo paralelo a como el productor reivindica retribuciones mejores, disminución de la jornada de trabajo, mayor participación en la empresa, etc., etc., para aliviar las incomodidades y penurias que se derivan de su condición de asalariado.

b) El segundo es transformador: independientemente del ejercicio del nivel anterior y a conciencia de sus límites, pretende sustituir el universo cultural vigente y la infraestructura que lo posibilita, por otro modo de existir donde el alcoholismo deje de ser problema social para convertirse en individual. De modo paralelo a como la clase desposeída consciente lucha para la sustitución de este sistema capitalista por otro que permita una participación igualitaria en los rendimientos del trabajo y en los mecanismos del poder político.

Sólo la segunda postura es radical, radical que significa tomar las cosas por su raíz; pero si de lo que se trata es de «erradicar» el alcoholismo, «radical» tendrá que ser la estrategia seguida, y la estrategia sólo puede ser radical cuando se acompaña de un método de investigación adecuado que alcance y aprehenda el problema en sus contextos o estructuras. Quizá Vds. piensen que lo que acabo de decir es una cosa sabida

y que incluso pertenece al acerbo cultural de la persona media; no lo pongo en duda sino que comprendo y admiro la sutileza política del censor ideológico que, en vez de cerrar puertas a ideas y expresiones que inexorablemente van a ser utilizadas, se les da suelta una vez han sido desvitalizadas y desprovistas de la tensión moral que encarnan. Algo así ocurre con el concepto de estructura, que, pese a su masiva y oficializada utilización:

— Estamos viviendo aquí y en Occidente la era de la tecnocracia: un tecnócrata es una persona desestructurada, sin contexto pese a que, realmente, está en uno y a uno sirve.

— Y sin ir más lejos, nuestra propia actividad desmiente diariamente aquel conocimiento elemental.

¿ES POSIBLE LA ERRADICACION DEL ALCOHOLISMO?

Si de erradicar hablamos, cabe preguntarse si eso es posible, pues sólo entonces cabrá contemplarlo desde un punto de vista moral. No hay moralidad de lo imposible. El ámbito de la Etica, cuyo objeto es la moral, se contrae o se ensancha a impulsos del progreso científico y tecnológico. Así, por ejemplo, problemas que van desde la alimentación inadecuada hasta la instrucción insuficiente, desde las deficiencias en el alojamiento hasta la sobrepoblación, en un momento del devenir histórico, pasan de ser acontecimientos naturales para convertirse en problemas morales en la medida en que pueden ser solucionados. El alcoholismo, como cualquier acontecimiento de naturaleza material, está determinado por causas de esta misma naturaleza. No existen instancias divinas o metafísicas que hagan al hombre ser como es. Yo pienso que la posibilidad de erradicar esta patología se sitúa, no en el campo de la ciencia médica, sino en el de las ciencias sociales, las cuales, hoy, tienen un desarrollo suficiente como para permitir un dominio de la naturaleza superior que lo haga innecesario.

EL VALOR DEL ALCOHOL

A) Para el alcohólico: la sociedad actual española es alcoholadicta. Lo que inicialmente fue accidental se ha generalizado hasta convertirse casi en un modo significativo de existir. Eliminemos cualquier juicio moral sobre la conducta del alcohólico, por cuanto que al menos respecto de la ingestión etílica, sus actos podemos calificarlos de amorales. El alcoholadicto no es un vicioso sino un enfermo y, en consecuencia, como tal debe ser tratado. Aplicar categorías morales a un enfermo sólo tiene sentido en una sociedad puritana e hipócrita y que propicia, entre otros efectos perniciosos, aislar al enfermo del médico y que su terapéutica adopte formas paternalistas, ineficaces, opresivas y depresivas.

Pero cabe preguntarse, ¿por qué elige consumir alcohol el hombre de hoy? El hombre es un ser de fines. La voluntad humana moral tiene un contenido axiológico, es decir, el hombre, al elegir, persigue la conquista de un valor que piensa va a satisfacerle una necesidad, que le va a reportar un bien. No me voy a entretener aquí en disquisiciones que pertenecen al campo de la ontología del valor, pero sí destacar que ni el objetivismo ni el subjetivismo axiológico logran explicar satisfactoriamente el modo que tienen de existir los valores. Los valores no son puramente objetivos (existencia independiente del hombre), ni subjetivos (pura creación humana), sino que existen con una objetividad social, es decir, es el hombre, como ser histórico-social y con su actividad práctica, el que los crea utilizando el substrato material que las cosas le ofrecen. Entre las posibilidades ónticas que tiene este objeto que es el alcohol, el hombre, que vive en sociedad, ha dado ser a un número determinado de ellas que son las que explican el grado intenso de utilización desmedida. Puntualidad y repito que es el hombre como ser histórico-social, el creador de los valores, no el hombre en sí. En consecuencia, cuando tratamos de reflexionar sobre el valor del alcohol, no podemos situar la cuestión al nivel de lo que es nocivo o bueno para el hombre en general o para el hombre en cuanto hombre, porque este hombre abstracto es un mero ente de razón, que no existe, y, por lo tanto, difícilmente puede crear o apropiarse de valores. Razonamiento paralelo podemos centrarlo en el propio alcohol; sus virtualidades son múltiples, pero el hombre de hoy ha explicitado en grado máximo una de ellas, la capacidad que tiene de enajenar; la dependencia que este tóxico crea no se le persigue como un valor, sino más bien es un coste de la evasión, un contravalor que ineludiblemente hay que sufrir.

Pero volvemos a hacernos la pregunta, ¿por qué el hombre, que no se hace alcoholizado, se hace tal? Quizá porque mis conocimientos médico-psicológicos son muy modestos, estimo como muy poco relevantes las teorías fisiopatológicas, en las cuales no entro, además, porque son marginales al punto de vista moral que preside mis palabras. No obstante, permíteme sugerir que, más que teorías, sean posturas ideológicas que traten de liberar la responsabilidad de tomar actitud frente a las condiciones ambientales que conducen al alcoholismo. El alcoholismo es, a la vez, una psicopatía, una sociopatía y una tecnopatía. Es decir, en la base del alcohólico hay una estructura síquica, y esta estructura síquica del hombre actual responde, es consecuencia, de una concreta estructura tecnológica y sociológica. El sujeto que inicia y acelera la toma del alcohol ofrece en su personalidad algunos o muchos de estos rasgos: inmadurez o frustración afectivo-erótica, estados ansiolíticos, imperiosa necesidad de evadirse para evitar lo peor, asocialismo, taras síquicas a consecuencia de depresiones en la infancia y adolescencia, timidez, excesiva agresividad o falta de la agresividad necesaria para poder subsistir en un mundo agresivo, deseo de emulación social, déficit de participación política, etc., etc. Son estos estados de necesidad los que hacen que la utilización abu-

siva del alcohol sea valiosa. El bebedor o el drogadicto, piensa y consigue con el uso de este producto liberarse, descansar de las consecuencias psicológicas que los déficits humano-sociales provocan y agudizan. Es decir, la frecuencia del alcohol resulta, de hecho, ser buena y «lo bueno» ha sido y es una norma de moralidad. Casos conozco de personas que, curadas una y otra vez en centros psiquiátricos, han vuelto a beber, porque para este hombre concreto, este hombre de carne y hueso, con una historia concreta, enmarcado en unas circunstancias que, de hecho, resultan insustituibles e incambiables, el alcohol seguía siendo un bien. Ante estos casos, no queda más remedio que rendirme ante la evidencia. Por eso, yo admiro profundamente la tenacidad y el esfuerzo moral de esos médicos, de esos psicólogos, de esos asistentes sociales que luchan denodadamente para desalcoholizar, y que ellos mismos, con su certificado de recuperados les dan entrada de nuevo a esa sociedad que los alcoholizó.

Lógicamente, Vds. comprenderán que no estoy haciendo aquí una apología de las bondades del alcohol para paliar las taras que esta sociedad competitiva y de consumo producen. El alcohol no es ni el único ni el mejor remedio para hacer frente a los estados de insatisfacción que la desorganización social y económica producen. Buena prueba de ello es que la mayor parte de las personas no lo utilizan, lo cual, atención, no quiere decir que no utilicen otros peores, o por lo menos, tan ineficaces desde el punto de vista de salir a una acción positiva. Pero de esto hablaremos más tarde.

B) Para el Estado: Hemos hablado del valor del alcohol desde un enfoque individual. Cabe preguntarse qué valor tiene el alcohol para lo que en términos eufemísticos podemos denominar «estamentos responsables». Mi conclusión es que, ni siquiera a nivel formal, aparece claro que la utilización incontrolada sea un contravalor, según se deduce del comportamiento tan contradictorio y anárquico que a este respecto se sigue. «Una copa de menos» es una frase famosa. ¿Vds. creen que es una propaganda antialcohólica o una incitación a todas esas copas que hay antes de llegar a la copa de menos? Llama la atención que problemas tan actuales como el de la densidad de tráfico y sus accidentes mortales, el famosísimo de la polución atmosférica, el no menos famoso de las zonas verdes y otros en los que incluyo el que en esta charla nos ocupa, hayan alcanzado el rango constante de primera plana y su propaganda venga impulsada desde arriba. Sin pretender agotar respuesta, tres explicaciones sugiero, una económica, otra de psicología profunda o psicoanalítica y otra política.

a) En cuanto a la primera: Hablar, por ejemplo, de zonas verdes significa que el español ha dejado de preocuparse por el estómago, típico problema del subdesarrollo y ha pasado a preocuparse del pulmón, típico problema del desarrollo. Su carácter apologético es manifiesto; es uno de los problemas sintomáticos de los mil dólares que ha generado una

innación percapitista abrumadora. La distancia que va del estómago al pulmón es la distancia que va del tercer mundo a Occidente.

De un modo similar o análogo, podemos razonar en relación con el alcoholismo, la droga...; si tenemos el efecto, necesariamente tenemos que poseer la causa.

b) La otra vertiente explicativa es de naturaleza psicológica: Cabe pensar que la hipertrofia de un pecado responde a la necesidad de sustituir o hipostasiar la vida defectuosa de un sistema, con lo cual al sacar de motu propio a la luz pública las patologías no peligrosas, el sistema aparece en estado de buena salud y engañosamente liberado del sentido de culpabilidad.

c) Político: Oficializar determinadas taras de un sistema parece, en principio, atentatorio contra el propio sistema, pero, en realidad, es una magnífica forma de desplazar la atención del todo a las partes.

Pero todavía me falta una última pregunta en este apartado. ¿Vds. creen que para estos «estamentos responsables» el uso medido y desmedido del alcohol pueda ser considerado como un valor? Para responder con intentos de exactitud, fijémonos en los efectos que este uso produce:

- ¿Puede ser un valor la disminución o anulación de la capacidad crítica?
- ¿Puede ser un valor despolarizar el interés de la persona de aquellos centros ordenadores de la convivencia que existen en toda sociedad a zonas diversivas y evasivas?

C) En términos económicos, el alcohol es un bien, cuyo valor se traduce en un precio. El alcohol tiene un valor económico por tres razones: 1) existe una necesidad; 2) se quiere satisfacerla; 3) es escaso, no es un bien libre. Como todo bien está sujeto a las leyes de la oferta y de la demanda, y en una economía capitalista, su producción genera una plusvalía que va a parar al bolsillo del poseedor del capital. Autores prestigiosos hay que afirman que los principios de la economía capitalista son morales. En consecuencia, la naturaleza de la necesidad que se trata de satisfacer y la clase de motivación que impulsa a satisfacerla es indiferente para la economía. Piensen Vds. en el académico ejemplo del perro, la leche y el niño hambriento: el perro se bebe la leche que necesita el niño; el sistema, simplemente, funciona. Si ello es así, ¿Vds. se extrañan que la producción de alcohol sea objeto de una política económica...?

D) Finalmente, desde una óptica sociológica, es relevante la importancia que alcanza el ser de clase que tiene el alcoholadicto. Según sea la clase de pertenencia, el alcoholadicto es un borracho o un enfermo, el alcoholadicto se le margina o es un jefe con caprichos, y lo que es

más grave, según sea la clase social el alcoholadicto tienen o no tiene, tiene más o menos posibilidades de sanación. Señores, ¿no es justo que una sociedad que alcoholiza socialice los costos de la desalcoholización? Es lo menos que puede pedirse.

ANOMIA Y ALCOHOLISMO

Introducción.—Hemos tratado de valorar la conducta del alcohólico y la reacción del medio ante ella. Entre otras cosas he pretendido poner de manifiesto la logicidad de tal situación, poniendo en duda que se pueda identificar conducta desviada con anormalidad. Cabe pensar que la conducta llamada desviada sea una reacción normal si la conectamos con la situación social en que se encuentra la persona desviada, y, a sensu contrario, que la conducta recta constituya una reacción incongruente a partir de aquella situación. Estamos hablando, claro está, de rectitud y normalidad no en el sentido de aprobación por la cultura dominante, sino en términos de previsibilidad psicológica.

Como lo que acabo de decir resulta serio y fuerte, puede merecer la pena dedicar unos minutos a razonar y reflexionar sobre las estructuras socioeconómica y síquica que lo fundamentan.

Estructura socio-económica.—La sociedad en que vivimos está y funciona dividida en clases con arreglo respecto a los medios de producción. Esa división tiene una traducción en términos de poder: unos mandan y otros obedecen, unos dirigen y otros son dirigidos, unos oprimen y otros son oprimidos. El sistema económico que así clasifica a los grupos sólo funciona eficazmente si asegura beneficios progresivamente mayores. Ello exige que la mano de obra —el obrero— uno de los costes del producto, «valga» no en su calidad de persona (ser consciente práctico), sino en su faceta económica —homo oeconomicus—, es decir, como medio o instrumento de producción de mercancías para otros, dando lugar:

- desde un punto de vista jurídico, al trabajo por cuenta ajena: el contrato de trabajo.
- y desde un punto de vista filosófico, al trabajo enajenado, tema éste definitivamente tratado en los Manuscritos económico-filosóficos.

Moral.—Esta ley del máximo beneficio genera una moral propia al servicio de esa ley, moral que es teorizada por los ideólogos del sistema para dar una apariencia cultural a la propia dinámica de la base. El éxito, el culto al dinero, la competencia son los máximos preceptos de esta moral que posibilitan y enriquecen constantemente toda la gama de actitudes egoístas e individualistas que lacran nuestra sociedad.

Cada quien confía en sus propias fuerzas y desconfía de los demás —sus rivales—, busca su propio bienestar al margen y en contra del bienestar de los demás. La sociedad se convierte en un campo de batalla, en orden, quizá, pero nunca en paz. La familia, la escuela y el lugar de trabajo son los principales conductos de transmisión de estos códigos. La moral vigente exige conductas orientadas hacia el éxito simbolizado en la riqueza, pero no ofrece posibilidades efectivas e institucionalizadas para lograrlo.

La anomia.—La anomia es la expresión ontológica y psicológica de la alienación económica. El término «anomia», etimológicamente significa «sin ley». Detengámonos en este significado:

1.º Sin ley positiva, en el sentido jurídico que esta expresión tiene: es la conducta divergente, divergente de lo establecido. El Código penal con todo su anexo de normas para penales entra en funcionamiento por ejemplo, el código de circulación-alcoholismo y accidente de tráfico; la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación social, embriaguez como uno de los estados peligrosos; la propia Ley de contrato de trabajo, que en su art. 77 numera la embriaguez como causa justa de despido y que, según interpretación extensiva del Tribunal Supremo, comprende el alcoholismo crónico, etc., etc.

2.º Pero no es esto, aun con ser muy importante, el aspecto que quiero destacar. Anomia significa sin ley social, un estado resultante en el que se encuentra el individuo. El hombre está y se siente solo de los otros y, consecuentemente, solo de sí. Se encuentra incomunicado e incomunicable, porque no tiene nada que comunicar. El hombre no sabe qué hacer con su socialidad ha perdido el norte social. Esto, señores, es la destrucción de la esencia humana, expresión que utilizo poniendo entre paréntesis las connotaciones idealistas que el concepto «esencia» lleva adheridas. Utilizando un concepto de la filosofía heideggeriana, diría que la existencia se «fractura», concepto éste que da entrada en la filosofía existencial al absurdo, a la angustia, al nihilismo como salidas metafísicas del estado de derelicción en que el hombre se encuentra. Pero lo que en Heidegger, Camus y otros filósofos del ramo son salidas metafísicas nosotros, que tenemos un mínimo sentido de «lo real», lo traducimos a términos científicos: el hombre se nihilifica de modo concreto, realiza actos concretos de desesperación, se angustia así, aquí y ahora: la droga y el alcohol son algunas de las salidas concretas a la situación descrita.

P R A X I S

Introducción.—Como Vds. pueden apreciar, a lo largo de mis palabras estoy intentando destacar celosamente la conexión existente entre alcoholomanía y medio o estructura, sin por ello pensar que sea éste el único aspecto causante. Y es que tenemos miedo a pensar la realidad tal como

es la realidad, porque es complicante e implicante. Y esto ha sido una constante histórica. Ya en los mismos albores del pensar filosófico surge la actitud y el método idealista que sitúa a la idea como la determinante y constituyente. Según esta postura, no pienso así porque la realidad es así, sino porque pienso así, la realidad es así; es decir, la conciencia determina el ser. Existe un esfuerzo secular para acorsetar la realidad a lo que el hombre piensa de ella. Parménides, filósofo presocrático, pronunció las sagradas palabras que todavía hoy retumban en el mundo: «lo que es, es, y lo que no es, no es», cuando la realidad es que lo que es está constantemente no siendo, y lo que no es está siendo. El Ser de Parménides, las ideas de Platón, el Uno de Plotino son los centinelas metafísicos que desde hace 20 siglos custodian el orden establecido.

En la base de toda postura idealista hay un problema ético. Partir de mi idea posibilita conservarme en lo que soy y tengo, es decir, el no uso de mi libertad en busca de mi «deber ser»; partir de lo real significa poner lo que soy y tengo en tela de juicio y me arriesga a un esfuerzo constante para alcanzar una praxis congruente con el grado de conocimiento que de lo real tengo. Partir de lo real exige necesariamente ser libre, ser libre amedrenta, ser libre no es rentable.

La libertad.—Vivimos en un mundo causalmente determinado, en el que rige el principio de causalidad: todo efecto tiene su causa. También la actividad del hombre —su pensar y sentir, su actuar político y social, su comportamiento moral y artístico— se halla sujeto a causas. A primera vista, la causalidad universal parece que, lejos de fundamentar la libertad y la responsabilidad moral, las anula, por cuanto que si todo está determinado-causado, necesariamente tengo que actuar como lo hago: el hombre no elige, un conjunto de circunstancias, desde las ambientales a las caracteriológicas, eligen por mí. Una concepción teórica de esta naturaleza conduce, en buena lógica, a la apraxia: no me planteo el problema de lo que tengo que hacer porque no tengo opciones. Ello explica que los determinismos hayan surgido sistemáticamente en la Historia de la Filosofía como apoyatura ideológica de las clases privilegiadas. Y ello sería cierto, si el determinismo universal, que la experiencia y la ciencia constata, fuera un determinismo absoluto. Pero del determinismo universal, que, repito, es científico, no se desprende que el hombre sea sólo efecto de las circunstancias. Dentro del conjunto de seres que componen el universo conocido, el hombre ocupa una situación peculiarísima por su conciencia, psicológica y moral: el hombre aprehende y comprende su entorno y a sí mismo en ese entorno; es el único ser que sabe que existe el principio de causalidad. El hombre, al tener conciencia de sus circunstancias, puede decidir actuar de cierta forma, y esta decisión, puesta en práctica, se convierte a su vez en causa que reobra sobre las circunstancias y condiciones objetivas dadas. El hombre deja de ser un mero efecto para insertarse conscientemente en el tejido causal y universal. Resumiendo:

- 1) La libertad es conciencia de la necesidad universal.

- 2) El grado de aprehensión de esa necesidad ha sido progresivamente más amplio, por ello la libertad es una cualidad histórica del hombre: somos más o menos libres.
- 3) Implica el poder del hombre sobre la naturaleza física y social, es decir, entraña una transformación del mundo sobre la base de su interpretación, del conocimiento de sus nexos causales, de la necesidad que lo rige.

El hombre ha sustituido el estudio de los nexos causales por concepciones acientíficas que podemos resumir en frases como «siempre ha sido así», «no hay más remedio», «la naturaleza humana es pecadora», «es la voluntad divina».

Problema del alcoholismo.—En el caso concreto del alcoholismo, sólo puede entenderse con exhaustividad desde sus causas próximas y remotas. Se hace necesario el estudio constante de todo el repertorio etiológico que genera, mantiene y agudiza el nivel de alcoholización existente en España, desde la más inmediata que es el alcohol hasta las más lejanas que son las económico-políticas. Pero antes que un problema noseológico es un problema moral, la alternativa de seguir actuando como lo hago o la disponibilidad a ejercer otras opciones si resultan más convenientes con las posibilidades que la ciencia ofrece.

Normas de moralidad.—No es ésta la óptica ni la praxis de la mayor parte de las personas que tienen responsabilidad con el tema. Con brevedad, para no alargar ya mucho mis palabras, voy a referirme a los grandes tipos de conductas que funcionan de hecho:

a) La ética de la autorrealización está muy arraigada en la historia y muy vigente hoy. Es una moral del acto que pretende realizar (es decir, hacer entrar en el cauce de lo real) lo que ya somos para conseguir lo que Aristóteles llamaba «eudaimonia», una especie de la «beatitud» imaginada en el país de Babia. Se agudiza esta moral entre personas pertenecidas a sectores que, por marginados, sufren el abstencionismo de la sociedad. Para mí esta norma de conducta es toda una propuesta de senilidad como estado ideal del hombre. Ser lo que somos implica:

- prohibirnos como ser histórico.
- desde un punto de vista teórico: constituir como principio del obrar un deber abstracto que supone que somos algo antes de actuar.
- desde un punto de vista ético: una manifiesta desviación moral.

b) El otro criterio moral clásico es el kantiano: moral del deber por deber. Una versión del mismo es el «sé sincero contigo mismo», que también presupone una postura sustancialista, como si cada uno tuviera yo mismo, y, en cualquier caso, sé sincero independientemente de lo que seas.

Pero dejando ya la región de las elaboraciones teóricas, voy a referirme a algunos tipos de conducta concretos:

1) En primer lugar la figura del exhalcohólico: Su presencia puede ser ejemplarizante o nociva según sea el grado de conciencia de su enfermedad y del por qué de su liberación. Puede resultar nefasta si opina que el problema de la desalcoholización y del mantenimiento en el estado de abstemio absoluto, es un problema de talante moral, de fuerza de voluntad, de no querer hacer mal a las personas que les rodean. Si pretende generalizar esta postura, además de desplazar la etiología de la enfermedad del medio al individuo, y precisamente por esto, provocará en el alcohólico la sensación de impotencia y fracaso, generando un sentido de culpabilidad adicional.

2) En segundo lugar la figura del Asistente Social: Paradójica, incomprendida y marginada, la figura de este profesional que es el Asistente Social, uno de cuyos campos de trabajo es precisamente este del alcoholismo.

— Paradójica: Porque siendo creación de los Estados «sociales» de derecho para paliar o parchear las lacras y tecnopatías que esta sociedad de bienestar produce (la Asistente Social es algo así como la mamá buena de este hogar que es la patria), siendo una creación del sistema, digo, está siendo teorizada su función por encima y en contra de los cuadros académicos oficiales.

— Incomprendida: porque, o es lo que quieren que sea y entonces es nada, o es lo que debe ser y entonces es demasiado.

El Asistente Social sabe como profesional que la terapia antialcohólica está tanto y más que en el centro sanitario, en la familia, en el puesto de trabajo, en las frustraciones de la infancia que hay que liberar, en la demoralización de la calle. El Asistente Social sabe que el remedio no está en ajustar el hombre al medio sino el medio al hombre. El Asistente Social sabe que la salida del alcoholadicto del centro de rehabilitación es únicamente la puerta que abre el proceso fundamental de curación. El Asistente Social sabe, como profesional y en tanto que profesional, que desalcoholizar no es desalienar, que curar de la dependencia etílica no es curar de todas esas otras dependencias tenidas por normales en las que está instalado el hombre moderno.

Praxis.—Me gustaría terminar mis palabras ofreciendo a su consideración algún criterio moral seguro para nuestro hacer. Necesariamente debo evitar todo criterio escatológico o transhistórico, porque sólo pretendo hacer ciencia, y por otra parte elegir un criterio que sea estable, pero científico, extraído del nivel que han alcanzado las ciencias. Mis conocimientos de la historia de la moral, base de toda reflexión ética, indican que a través de los siglos se ha dado una constante contradicción: de un lado, la afirmación ideológica de una moral universal válida para

todas las personas en todos los espacios y tiempos, y de otro, la cambiabilidad constante, de hecho, real, de los criterios morales. Sólo esto segundo es lo que resulta verificado del estudio histórico. En consecuencia con ello sólo me resulta honesta una moral basada en la crítica constante de mis propias convicciones en vista a una praxis que debe responder a lo que resulten ser las exigencias reales —reales, no aparentes— de la mayoría de los hombres. Por ser el hombre histórico y por ser social, los criterios morales necesariamente deben ser históricos y necesariamente deben ser sociales. Una moral inmutable responde a una concepción fijista del ser y a los intereses de unas minorías que pretenden inmutabilizar esos intereses. No es, pues, una seguridad lo que ofrezco a su atención, sino una incertidumbre, la propia de este ser humano que continuamente se está haciendo al transformar lo que le rodea. En definitiva, he intentado mostrarles un esquema de acción con ocasión de estar aquí reunidos en torno al problema del alcoholismo. Pero quizá haya caído en alguna medida en las trampas del subjetivismo y del abstraccionismo, por eso será muy útil que dialoguemos Vds. y yo, pero especialmente Vds. entre sí, en un diálogo del cual puedo ser moderador, en vistas a lograr la mayor objetividad posible.